

El despertar

Soy una voz. Una voz que susurra en el vacío. Un murmullo de moléculas sin formar. El movimiento invisible que otros llamarán impulso.

Soy un puro verbo, un resplandor esquivo en esta oscuridad. Pienso, siento y deseo cosas que no acierto a describir, reflejos de fantasías antiguas, retazos de cuentos que nunca he escuchado. Porque no he escuchado: yo sólo hablo, desde siempre, una línea narrativa absoluta e insoportable. Soy, soy, soy, repito como un eco. Y nunca pasa nada.

Por eso vuelvo a contarme las historias de mi imaginación. Cielos brillantes. Esferas calientes que iluminan láminas de tierra. Piedras frías que hechizan el cuerpo del mar. Una seducción bien medida, un baile en cuyo silencio se cuele mi voz. La coreografía es imprecisa, el dibujo deja sin cerrar huecos que yo veo y que desearía no ver.

Él chasquea la lengua.

– ¿Estás segura de que va a ir bien? No veo nada encendido.

– Tranquilo – contesta ella, afable, – sólo está empezando.

Soy una voz. Una voz que barre la arena, que riza el mar, una voz que deshace las nubes. Una voz que acompaña a la lluvia. Pero no puedo tocar sus gotas, ni los granos de tierra, ni puedo notar la violencia de las olas. Estoy en todas partes sin poder probar ninguna.

Soy sólo reflexión: vuelvo sobre mí misma una y otra vez. Puedo describir plateados picos de montaña. Sé de árboles, de hierbas, de flores, pero pronto me cansaré de ellos e imaginaré otras plantas de organografía refinada que puedan fascinarme. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre lo real y lo imaginario para una voz? No hay más que lo que mis palabras perfilan al rebotar unas contra otras. Un árbol terminado en punta, troncos negros, pétalos centelleantes como el metal: todo cabe en esta voz que habla.

– Esto está en marcha.

El biotecnólogo asiente. Saca un chicle de menta del bolsillo de la bata y se lo mete en la boca.

Soy una voz extendida como una red, pero no por ello tengo poder. Caigo en las aguas inmensas del mar, entre las columnas de luz que penetran desde el sol iluminando la piel escurridiza de los peces. Nado hacia el cielo negro y profundo del mar, a mirarme en los peces terribles, a contemplar una belleza que no comprendo. O quizá seáis vosotros los que no comprendéis. Ellos se mueven bajo el peso del océano, y es eso lo que aprendo en el abismo. Me muevo, me muevo como ellos: es más fácil moverme que estar en todas partes. Puedo pegarme a las escamas hinchadas de un animal, ir saltando de aleta a aleta hasta golpear la superficie. Puedo soportar el frío del agua y la sequedad de la tierra. Doy un salto y llego a una playa, a una roca, a una orilla sedosa o escarpada desde la que se oyen los pájaros. Repto por el suelo con patas de lagartija, amaso la tierra con vientre de serpiente. Me adentro en el bosque, en la llanura, en la montaña, siguiendo las huellas cada vez más cálidas de la sangre animal.

Siento una especie de vértigo. Ante mí se abre una meseta inmensa, desnuda y polvorienta, donde pacen las gacelas. Y sé que tengo que saltar, aunque después me perseguirá la muerte. Un cuerpo, ¡un cuerpo! Un cuerpo amenazado, un cuerpo libre que no es mío y al que querría contagiarle el miedo que le corresponde.

Sopla un viento como un suspiro. Un gemido que podría ser mío. Las gacelas presienten a los predadores: quizá sea éste el secreto de su atractivo. Las gacelas se saben indefensas, y yo – una voz que

tiene miedo – estoy más bien de parte del león. Me queda un largo camino hacia la muerte. Es pronto para sentirme tan vulnerable como una presa recién capturada.

– ¿Se ha parado? – pregunta el biotecnólogo. Hace un rato que los indicadores de progreso no ascienden.

– No – dice ella, ingeniera de lógica.

– ¿Qué ocurre entonces?

– Es normal. Está empezando a incorporar muchas estructuras no binarias.

El biotecnólogo, suspicaz, observa la pantalla.

– Tranquilízate. Es como la adolescencia.

Soy una voz encerrada en el aire. Soy un montón de palabras confundidas y descolocadas. Soy un amasijo de deseos sin sitio. Balanceándome entre felinos imito su forma de caminar, la elasticidad de sus pasos, la indolencia con la que se rozan. Pero es imposible: nadie me ve, nadie me nota. No soy nada que se pueda tocar. Vivo en la calma del anciano, la cima insuperable de la madurez después de la cual no hay nada. Los animales duermen, cazan, comen, follan. No soy un órgano que desee prolongar su vida, y sin embargo...

Y, sin embargo, imagino cómo sería tener un cuerpo. Yo, la voz, le controlaría como un ventrílocuo a sus muñecos. O más bien a sus muñecas. Cogería frutos de los árboles, acariciaría el pelaje suave de las bestias, montaría caballos a galope, cerraría los ojos sintiendo el calor del sol, iría al mar a que me mecieran las aguas. Lo veo con claridad, como si ya hubiera sucedido. Quizá lo haya soñado, ¿qué diferencia hay entre mi vida y los sueños? Imagino o recuerdo cómo sería tener un cuerpo, el miedo a morir, el tacto más simple. Pero cuando intento reconstruir qué sensaciones me dejó, las imágenes se diluyen en el aire.

El aire que me encierra.

En la cantina del centro la ingeniera abre un paquetito de galletas de frutas desecadas. Le ofrece al biotecnólogo, que las rechaza porque lo que necesita, aunque no lo dice, es un cigarrillo. Es cosa sabida, los científicos no fuman. Así ha sido desde siempre.

– Se agobian mucho – dice ella.

– Creía que habíais conseguido evitarlo.

– Qué va. Lo que hacemos ahora es dejarles solos en este punto de la instalación.

– ¿Es mejor para ellos?

La ingeniera se encoge de hombros.

– Es mejor para nosotros. Estás nervioso, ¿verdad?

El biotecnólogo mueve la cabeza.

– Pues no hace falta. El tuyo es de los mejores cuerpos que he visto. Un buen soporte, sí señor.

– Es la primera vez que trabajo aquí.

– Ah, no, no – la ingeniera se ríe –. Para ti no es una primera vez. La primera vez es para ella.

El biotecnólogo piensa que la ingeniera de lógica tiene razón sólo en parte, pero, como él no sabe en qué parte no tiene razón, no dice nada y mastica un chicle de menta que ya ha perdido el sabor.

El aire me encierra, y proyecta imágenes terribles. Veo un rostro perfecto, pero también la mirada hueca

en sus ojos y la boca redonda expulsando un grito insonoro. El rostro está coronado por pelo dorado que se eriza en todas las direcciones, retorciéndose, enredándose entorno a mí para que mire fijamente el rostro que grita. Los ojos dan vueltas en sus órbitas y el viento ulula por la boca de rostro: tú, tú, tú, oigo, y a continuación el rostro perfecto cae y se disuelve en polvo.

Pero hay más. El aire forma otra imagen: un espacio blanco, limitado por muros. Varias tablas del mismo color forman objetos apilados unos sobre otros. Unos animales están sentados alrededor de uno de esos objetos y ríen, se tocan suavemente con sus garras planas. Delante de ellos hay recipientes con comida. Y entonces surge en una esquina otra criatura, esbelta, vestida de negro y con el cabello rubio recogido en la nuca. Lleva una bandeja con más recipientes que contienen más comida. Los va dejando ante los otros animales al tiempo que recoge los desechos silenciosamente, sin perturbar el acto social. Cuando ha terminado se desliza hacia la esquina de donde surgió, y entonces se da la vuelta y me mira. Es el mismo rostro perfecto que vi antes, con la misma expresión: los ojos alucinados, la boca paralizada en un grito. Tú, oigo de nuevo. Tú, tú.

Las figuras se recomponen y ahora hay sólo tres criaturas, sentadas ante una tabla igual a la de la escena anterior. Una es grande, tiene el pelo corto y está sentada en un extremo de la tabla. Sostiene una amplia hoja manchada con motas negras delante de la cara, por lo que no podría describir sus rasgos. La otra criatura es pequeña y fina, de aspecto tierno. Debe de ser el cachorro. Empuña un palito con el que hace signos en una hoja rectangular, pronunciando palabras con cada golpecito del palo. A su lado, pero de pie, está la misma figura vestida de negro de antes, con el cabello recogido de la misma forma. Parece vigilar los movimientos del cachorro y a veces le corrige la pronunciación. En un momento la otra criatura retira la hoja que le tapaba la cara y descubre una sonrisa vidriosa. Se levanta. Mientras el pequeño sigue escribiendo y diciendo palabras, el animal grande se coloca detrás de la figura de negro, agarra la parte ancha y baja de su cuerpo y la atrae hacia sí. Comienza a balancearse rítmicamente, un baile rudimentario contra los cuartos traseros de ella. La figura de negro levanta la cabeza y veo de nuevo su rostro, estupefacto y ridículo, y el viento vuelve a ulular por su boca. Tú. Tú, tú.

Pero hay más. En la penumbra adivino un objeto voluminoso, una tabla extensa donde descansan dos figuras. Una, la más grande, tiene el pelo corto, así que supongo que es la misma criatura grande de la última escena. Un hombre. Oigo el murmullo pausado de su respiración. La criatura que está a su lado es absolutamente silenciosa, aunque está despierta. Yace bocarriba y está muy quieta. Su muñeca izquierda emite una luz verdosa, y cuando mi mirada se acostumbra a la oscuridad distingo las formas de unos hilos que salen de su mano y se pierden en el aire. Está atada, como una presa. No sé por qué sigue viva. Pero quizá ser devorada no es la única manera de servir como presa. De repente ella gira su rostro hacia mí y ulula mecánicamente: tú, tú. Tú.

Después ya no hay más imágenes, y el aire se calma.

El biotecnólogo y la ingeniera caminan por un pasillo, volviendo a la sala de animación.

– ¿Sois vosotros los que escogéis los recuerdos?

– No, son los de ética. Nosotros ahí no podemos hacer nada. A un compañero le despidieron por saltarse el guion.

– ¿Y todos llevan los mismos?

– Hay modelos – dice ella, y abre la puerta de la sala -. Dependiendo del tipo llevan unos u otros. Éste, que va a ser un doméstico, lleva recuerdos familiares.

El biotecnólogo se imagina que son como una mala película, una película de las que se anuncian con la palabra “emocionante”. Las películas emocionantes se olvidan enseguida, pero ese talante optimista permanece en la memoria igual que una melodía publicitaria. Despertar debe de ser un infierno.

– Luego están los que se hacen por encargo y el cliente pide unos recuerdos concretos.

Pero éste no es un encargo, piensa el biotecnólogo. Ésta, más bien. Ésta es una más, la primera con un cuerpo suyo, es cierto, pero con unos recuerdos estándar. ¿Cuántas veces no se habrán despertado ya esos recuerdos? ¿Por qué si es la primera vez para ella no lo es para él? El biotecnólogo se pregunta cuál es su sitio en todo esto, y ve cómo vibran los dedos, las manos, los pies del cuerpo artificial que está en la habitación de lado. El cuerpo se agitará con violencia, la ingeniera le ha puesto sobre aviso. Todos los pacientes tienen miedo.

Soy una voz pesada y densa que se yergue y camina. Soy una voz tan poderosa que voy creando cosas según las nombro: aquí un árbol, aquí un león, ahí una sombra. Soy una voz prieta y resonante que avanza en el aire doblando las hojas de hierba. Soy una voz que se mueve en varias direcciones, que rodea plantas y animales, que danza al ritmo de un latido remoto. Soy una voz que tornea un cuerpo.

Soy una voz que recorre todo lo que hay, una voz ambiciosa que desea un reino. He de estar en todas partes y mirar todas las cosas. Y ahora encuentro algo nuevo. En realidad he visto figuras parecidas en otras imágenes. Lo sé: es un hombre. Lo sé, en algún lugar lo he aprendido, igual que he aprendido que debo obedecer a él y los que son como él. Sin embargo no es el miedo lo que me empuja hacia él. Es otra cosa. Me fascina su piel tersa, de color vivo, expuesta a la lluvia y al viento; es imposible que una criatura tan delicada pueda intentar dominarme. Es tan vulnerable que resulta desafiante, y eso me gusta. Me divierte, eso es, porque yo soy una voz omnisciente.

Me pregunto si el hombre ha notado mi presencia, porque, aunque no pueda verme, quizá pueda oírme. Quizá pueda tocarme, o quizá, si muevo bien el aire, pueda tocarlo yo. Me pongo en marcha: ondeo hacia él. Está alerta, pero, dado que sigue de espaldas a mi movimiento, no creo que sea por mí. Paso como una corriente fría por su cuello para colocarme delante de él y ver su expresión.

Tiene dos ojos que miran hacia delante, dos ojos relucientes como piedras mojadas. Respira por una pequeña protuberancia y la boca está rematada por unos ribetes rojizos. Si me acerco demasiado a su cara cierra los ojos. Pruebo a rodearle la cintura, y él tapa con sus manos los lugares de su cuerpo por donde paso. Se protege. Si me muevo muy rápido consigo levantar el fino pelaje que recubre su piel; entonces adquiere una expresión un poco sorprendida. Y eso es todo.

Eso es todo lo que puedo hacer. Me quedo quieta, concentrada y temblorosa, frente a su rostro vigilante. Yo, que todo lo siento, que todo lo veo, no cuento más que como una brisa fría.

Noto una descarga eléctrica. Se acerca una tormenta.

– Queda muy poco. Ahora tú te acercas a ella, es peor si se despiertan solos.

El biotecnólogo está asustado, pero no puede decirlo.

– ¿Qué tengo que hacer?

– Estar. Esperar. Estar atento. Algunos domésticos pueden ser muy agresivos al principio, ¿lo sabes, no? Si pasa eso, busca el botón de intensidad y bájala a ‘medium’. El proceso tardará más en completarse, pero será más seguro.

El biotecnólogo está a punto de preguntar para quién es más seguro, si para ellos o para ella, pero la respuesta es evidente. Cerca de la camilla, observa el cuerpo cubierto con un camisón blanco para evitar abusos y rumores. En la muñeca izquierda palpita una luz naranja. El biotecnólogo está asustado: la situación es turbadora, y dolorosa, y bella. A su espalda, detrás del ordenador, la ingeniera suspira.

– Es precioso. Es precioso. Es lo más bello que vas a ver jamás.

El biotecnólogo mira el cuerpo y se sabe un ser vulgar.

Las descargas eléctricas me fijan a un lugar. Quiero escapar, pero no puedo. Las descargas cada vez son más poderosas, y me doblan, me pliegan sobre mí misma. Voy siendo cada vez más limitada. Cada vez más torpe. Cada vez más densa. Este es el dolor por el que he visto chillar a los animales: una sensación aguda para que sepamos qué es lo que no podemos hacer. Quiero chillar con horror yo también, pero ya no soy una voz sino una masa viscosa que está tomando formas.

En la camilla el cuerpo convulsiona. Las rodillas se doblan y se estiran, las caderas se abren y se cierran, el cuello gira golpeando la cabeza contra la almohada. Cuando la nariz empieza a aletear, el biotecnólogo le coge de la mano.

Las descargas eléctricas me fijan a un lugar, imprimiéndome una forma. Dos piernas extendidas. El torso erguido, con dos bultos en el tercio superior y curvado en su base. Garras planas con las que sostenerse y avanzar. Una cabeza redonda, una melena rubia, una protuberancia por la que respirar, los dos ribetes de mi boca apretados el uno con el otro. Con cada forma noto un hormigueo agradable, una promesa de lo que ahora puedo sentir. Bajo mis hombros aparecen dos patas, dos brazos que terminan en dos manos con las que puedo hacer cosas. Muevo una mano, muevo los dedos. Intento mover la otra, pero está sujeta por unas cinchas rugosas. Abro los ojos.

Abro los ojos y veo un recinto cerrado, lleno de cubos metálicos y cuerdas que serpentean por las paredes, por el suelo. Tienen un brillo frío muy distinto al del sol del jardín de donde vengo. Las cuerdas comunican unos cubos con otros. Algunas están cerca de mí; una en concreto se dirige al sitio donde estoy tumbada y trepa hacia mi cuerpo, sinuosa, discreta, y descubro que sale de mi propia muñeca. Estoy atada a la habitación. Alguien ha utilizado mi cuerpo para apresarme, ni siquiera para destruirme, sólo para poseerme. A mí, que soy una voz omnisciente.

Frente a mí veo un ser pálido, cubierto por telas blancas, mirándome tras unos cristales. Tiene una cara ojerosa, impropia del depredador perverso que colecciona sus piezas en lugar de devorarlas. Descarado, me mira con preocupación, como si ignorara su papel en esta historia. No se parece mucho al hombre que vi en el jardín, pero pertenece a la misma especie a la que debo someterme. Quisiera escaparme, desaparecer en un remolino de carne, provocar un vacío que colapse esta habitación capaz, por lo visto, de investigarme. Pero no puedo. Mi mano izquierda está tomada por un cable; mi mano derecha es sostenida por el animal pálido, y su tacto insinúa una especie de ternura. Como las gacelas, parezco vulnerable e indefensa.

Pero tengo un cuerpo recién estrenado, y puedo girar mi brazo derecho y retorcer la muñeca del animal pálido, y lo hago. Giro mi brazo derecho y retuerzo la muñeca del animal pálido, que cae de rodillas al suelo y alza una mirada de reverencia, de curiosidad, y de deseo. Me estremezco, porque me gusta.

El biotecnólogo cae duramente sobre sus rodillas. Al dolor de la muñeca se añade un largo calambre en las rótulas; mientras el dolor se prolonga el biotecnólogo se siente mejor. Nunca ha soportado un placer tan puro. El biotecnólogo no sabe qué sucede antes de que la programación se instale en el cuerpo; él lo prefiere así, y aceptar el misterio le redime de participar en esta ceremonia ambigua. El biotecnólogo jamás sabrá por qué mundos se pasean las lógicas incorpóreas, y tampoco sabrá qué recuerdos utilizan los éticos para inducir la obediencia de las nuevas criaturas. Quizá, piensa, encarnar un *software* lógico en tejidos biosintéticos sea tanto darle la vida como traerle a un infierno; pero eso, una vez más, no se puede decir. El biotecnólogo levanta los ojos hacia ella y no tiene más remedio que amar su rostro artificial y terrible.

– Felicidades – dice la ingeniera de lógica. – Ya eres un creador.

Un creador de sirvientes inmortales, piensa acongojado, sirvientes inmortales como son los dioses. En silencio, el biotecnólogo se aferra a la mano del robot.

Relato de **Irene Villarejo Escolano**

Tercer premio en la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.

AEIOU (Químicas), ASCII (Informática), GREBAS (Biológicas), La Salamanca del Círculo Polar (Veterinaria),
Numenor (Matemáticas), Relatividad (Físicas)